

go estaban siendo situados en la loma de La Herradura, como parte del cerco que, al mismo tiempo, estaba organizando contra la tropa estacionada en Las Mercedes.

En la mañana del 30 de julio le envié a Celia, quien había permanecido en La Plata, un extenso mensaje en el que le comunicaba de las disposiciones tomadas y le agregué:

Aunque tenía muchas ganas de ir esta madrugada a las Vegas para disfrutar el placer de verla otra vez en nuestras manos, bajé con los hombres que traía para distribuirlos más abajo de Arroyones y en el firme de la Herradura, frente a las Mercedes para tratar de que no escapen las tropas que quedan. Los hombres nuestros han realizado un esfuerzo extraordinario; han estado de batalla en batalla por espacio de cinco semanas consecutivas. Es increíble lo que han resistido.

Me imagino tú tendrás deseos también de bajar a las Vegas, si yo puedo llegaré hasta allí por la noche o la madrugada.

Tengo la sensación de que todo concluirá pronto y en medio de la alegría por las victorias que son la culminación de tantos sacrificios y esfuerzos, me siento triste.

Tal y como yo había previsto, la fuerza enemiga en Arroyón inició esa misma mañana el movimiento en dirección al Cerro y Estrada Palma. A esta tropa se le había sumado un refuerzo procedente de Las Mercedes. Al frente venía el comandante Roberto Barragán. En la vanguardia, marchaba la Compañía 84 del Batallón 21, al mando del capitán Bonilla León. A continuación, las Compañías 91 y 93 del Batallón 19, con una tanqueta T-17; al parecer, estas fuerzas habían reforzado días antes al Batallón 17 en Las Mercedes. Cubría la retaguardia de la larga columna el Batallón 23 del comandante Armando González Finalé. La tropa marchaba acompañada por una tanqueta T-17, una batería de cuatro obuses de 75 milímetros y una batería de morteros.

Cerca de las 11:30 de la mañana, la punta de vanguardia de la columna alcanzó el cruce del arroyo de Jobal. La mina colocada en el lugar no explotó. Daniel ordenó tirar y se inició el combate. La vanguardia enemiga fue sorprendida por los disparos de los fusiles rebeldes y de la ametralladora 30 —manejada por Orlando Avilés— que desde el inicio causaron las primeras bajas enemigas. Transcurrida una media hora, los rebeldes advirtieron que el volumen de fuego enemigo disminuía, lo que aprovecharon para exhortar a los guardias a la rendición.

Daniel ordenó un alto al fuego y con un grupo de combatientes salvó la distancia que lo separaba del camino. Desde allí pudieron observar que de los 32 hombres que componían la punta de vanguardia, solo uno estaba en pie, aunque con las piernas heridas; los demás se encontraban muertos o heridos graves, entre ellos un teniente. Daniel dispuso que algunos combatientes trasladaran a los heridos hasta la casita junto al camino, y con el resto de los hombres comenzó a avanzar temerariamente hacia el grueso de la tropa enemiga, que no cesaba de disparar. Lograron avanzar unos 100 metros hasta el rancho donde vivía el campesino Manuel Rodríguez. Daniel decidió emplazar junto al rancho la ametralladora 30 y un fusil automático Browning.

La aparente disminución del fuego enemigo fue debido a que el comandante Finalé había ordenado desplegar su batería de obuses a unos 500 metros apenas de las posiciones rebeldes. La artillería comenzó entonces un fuego directo sobre nuestras líneas. En el aire, la aviación ametralló y bombardeó con insistencia. Esa tarde participaron en la mortífera descarga de bombas, cohetes y balas calibre 50 sobre las posiciones rebeldes, dos bombarderos B-26, dos cazas F-47 y dos cazas a reacción T-33.

Mientras tanto, el Batallón 20, al mando del capitán Caridad Fernández —el asesino de Manzanillo, culpable, entre muchos otros crímenes, del asesinato de Juan Manuel Márquez a raíz del desembarco del *Granma*—, había salido del Cerro en auxilio de la tropa de Arroyón, pero poco después caía en la emboscada dispuesta en Cuatro Caminos por las fuerzas de Guillermo y Lalo. Tras un intenso combate, fue contenido el avance de este refuerzo, que poco después se retiró.



René Ramos Latour (Daniel), en la Sierra Maestra.

En Jobal, los rebeldes siguieron combatiendo con energía y lograron detener la retirada de la tropa del Ejército, a pesar de la lluvia de proyectiles de obuses calibre 75 que caía sobre sus posiciones.

Desde el mismo borde delantero de la línea rebelde, protegido malamente por la pared de yaguas del rancho de Manuel Rodríguez, Daniel disparó y animó sin cesar a los hombres a su alrededor. Una parte de sus compañeros estaba compuesta por santiagueros procedentes de las filas clandestinas de esa ciudad, de quienes Daniel había sido también el comandante en la lucha del llano, y quienes le profesaban una especial admiración por la forma brillante en que asumió la dirección del Movimiento 26 de Julio y la lucha en Santiago después del asesinato de Frank País, justo un año atrás, el 30 de julio de 1957.

Un obús enemigo impactó directamente sobre el rancho donde estaba ubicado Daniel. La explosión no lo mató al instante, pero fueron tan graves las heridas y tan fuerte la hemorragia interna que el heroico jefe guerrillero quedó exánime. El obús hirió también de gravedad a Orlando Avilés. Los dos combatientes fueron retirados por sus compañeros hacia una cañada. Entretanto, se corrió la voz, con timbres de angustia, entre las filas rebeldes: “Han matado al comandante. Han matado al comandante”.

La aparente muerte de Daniel, su querido jefe, provocó el desconcierto entre los rebeldes. El fuego contra el enemigo mermó. Algunos comenzaron, incluso, a retirarse; otros, entre ellos Pinares, Fernando Vecino y Rigoberto Fernández, conocido como Rigo Montañés, repuestos rápidamente, trataron de reorganizar la resistencia rebelde. Pinares vociferó a pleno pulmón para inyectar nuevos ánimos a los abatidos combatientes.

Los gritos sobre la muerte del líder rebelde fueron escuchados en las líneas enemigas, lo cual indujo al jefe de la tropa a redoblar el esfuerzo por escapar. Esto, más el debilitamiento general de la resistencia, provocó, al cabo, que los guardias logaran flanquear las posiciones rebeldes y consiguieran proseguir su retirada en dirección a Cerro Pelado. Ante la superioridad del enemigo, lo descubierto de su posición y la situación de desaliento creada entre las filas rebeldes, Pinares ordenó la retirada.

Después del combate contra el refuerzo, Lalo y Guillermo replegaron sus posiciones hacia la loma de Estrella Bello, y el enemigo pudo completar su ya desorganizada retirada, no sin antes sufrir nuevas bajas.

El cuerpo casi sin vida de Daniel fue llevado a la casa de Inmedio Estrada, en El Hormiguero, desde donde de inmediato se mandó a buscar un médico rebelde a las Vegas de Jibacoa. El Che, seguido

por Sergio del Valle, bajó a la carrera desde las Vegas al conocer la noticia. Pero ya no había nada que hacer, y Daniel expiró finalmente a las 6:00 de esa misma tarde.

Como consecuencia directa de su muerte, no se logró el objetivo de copar y destruir la tropa enemiga de Arroyón. No obstante, se alcanzó el propósito estratégico de la operación, que era desalojar a esa tropa de su posición y liberar ese vasto sector de la premontaña. El enemigo sufrió no menos de 20 muertos y 17 heridos. Otra de sus unidades quedaba diezmada y desmoralizada.

La batería de obuses estuvo a punto de caer en nuestras manos, en el parte de guerra redactado por mí y leído por Radio Rebelde, el 1ro. de agosto, se comunicaba lo siguiente con relación al Combate de Jobal y la muerte de Daniel:

A las 4 de la tarde nuestras fuerzas volvieron a hacer contacto con la tropa enemiga en plena retirada, ocasionándole nuevas bajas, en la acción de ese día, murió cuando avanzaba al frente de sus hombres el Comandante Rebelde René Ramos, Daniel, como se le conocía clandestinamente, Secretario de acción además, del Ejecutivo del Movimiento 26 de Julio, que perdió así en combate un valioso compañero más, cuya muerte, al año exacto de haber caído su antecesor en el cargo, Frank País, constituye una pérdida sensible para nuestra organización y nuestro Ejército; pero al revés de Frank País, Daniel no cayó asesinado inermemente, murió con el arma al brazo en el campo de batalla, y ello es un consuelo en medio del dolor.

En un mensaje que le envié al Che el 31 de julio, le decía:

Ayer por la noche no me moví porque físicamente no podía más y el resto de la gente estaban por el estilo. Creo además, que la gente está rindiendo mucho menos que días anteriores [como] consecuencia del agotamiento general y de la muerte de distintos oficiales. La de Daniel ayer frustró los mejores frutos de la emboscada.

Al día siguiente del Combate de Jobal me trasladé a un alto contiguo al aserrío de los hermanos González, en Jobal Arriba. Uno de ellos, Luis González, había establecido contacto días antes con nosotros, y manifestado su disposición a colaborar. En ese lugar decidí instalar mi puesto de mando mientras durase la última operación que nos quedaba por realizar: el cerco al Batallón 17 en Las Mercedes.

(Continuará)